

La Ciudad de los Velos

ZOË FERRARIS

La Ciudad de los Velos

Traducción de
JUAN CASTILLA PLAZA

TAPA NEGRA

Título original: *City of Veils*.

© ZOË FERRARIS, 2010

© Traducción de JUAN CASTILLA PLAZA, 2014

© EDITORIAL ALMUZARA, 2014

Primera edición en Almuzara: mayo de 2014

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.»

COLECCIÓN TAPA NEGRA • EDITORIAL ALMUZARA

Director editorial: ANTONIO E. CUESTA LÓPEZ

Edición de JAVIER ORTEGA

Imprime: GRÁFICAS LA PAZ

ISBN: 978-84-16100-11-8

Depósito Legal: CO-852-2014

Hecho e impreso en España - *Made and printed in Spain*

El cuerpo de la mujer estaba tendido en la playa. «La tumba de Eva», pensó después, aunque no se parecía en nada a la verdadera tumba que había en Yeda y que fue arrasada en 1928, para acabar con todos los cultos vinculados con su nombre, ni la que fue demolida nuevamente en 1975 para ratificar esa idea. Aquella tumba mucho más imaginativa consistía en una franja simple y estrecha en la playa que había al norte de Yeda.

Aquella tarde, Abu-Yussuf bajó con sus aparejos de pesca por la suave pendiente que conducía a la arena. Era un pescador avezado, que prefería tomarse esa actividad más como diversión que por su valor práctico, pero una serie de despidos en la planta de desalinización hicieron que tuviera que recurrir a ella para dar de comer a su familia. A pesar de tener sesenta y dos años, y de haber pasado gran parte de su vida expuesto al sol, había sido bendecido con la piel de su madre y seguía teniendo un aspecto tan radiante como un hombre de cuarenta. Avanzó hasta la orilla, donde la arena era más compacta, con un enorme sentimiento de placer; sin duda, pensó, había muchas peores formas de dar de comer a la familia. Levantó la cabeza, miró hacia la playa y allí estaba: la mujer que luego le recordaría a Eva.

Dejó su caja de aparejos sobre la arena y se acercó con precaución por si acaso era una de esas mujeres locas y a medio vestir que se incorporaban, se frotaban los ojos y lo confundían con un *djinn*. Estaba echada de lado, con el pelo moreno separado en mechones alrededor de la cabeza, como los tentáculos de una peligrosa anémona. Al principio, el alga que

tenía sobre la túnica le pareció una especie de horrible tumor. Uno de sus brazos estaba plegado debajo del cuerpo, y el otro, desnudo, descansaba sobre la arena en una postura de súplica, la misma que adoptaría una persona dormida al aferrar la almohada cuando tiene una pesadilla. Luego vio que una de sus manos estaba mutilada, como si se la hubiesen quemado. Tenía muchos cortes en el antebrazo. Estaba desnuda de mitad para abajo, pues tenía la túnica negra levantada por encima de la cintura, y los pantalones vaqueros enredados en los pies, como si fuesen cadenas. Se fijó en la mitad del rostro que no estaba enterrado en la arena. Había perdido gran parte de las mejillas y de los labios, y la poca piel que le quedaba estaba roja e inflamada, con enormes cortes en la frente. Uno de los ojos estaba abierto, ausente, muerto.

«*Bismillah, ar-rahman, ar-rahim*», empezó a susurrar. La oración brotó de su boca mientras miraba. Sabía que no debía mirar, que no quería guardar aquella imagen como recuerdo, pero tuvo que hacer un gran esfuerzo para apartar la vista. La pierna izquierda de la mujer estaba medio enterrada en la arena y, al acercarse, vio que la derecha tenía profundos cortes a la altura del muslo, unos cortes bulbosos y curvos como los tamarindos. El resto de la piel estaba abotargada, de un color pálido y antinatural. También sabía que no debía tocar el cadáver, pero por un instante sintió deseos de echarle algo por encima de su cuerpo semidesnudo para otorgarle un poco de dignidad.

Tuvo que regresar a la calle para captar la señal del móvil. Vino la policía, luego el médico forense y su equipo. Abu-Yussuf esperó allí mismo, con la caña de pescar en la mano y la caja de aparejos agarrada con firmeza entre los pies. El joven agente que llegó primero a la escena le trató con afecto y le llamó «tío». «¿Quiere tomar algo, tío?». «Si quiere, puedo traerle una silla». Le interrogaron educadamente. «Sí, tío, eso es importante. Gracias». Durante todo el rato, la mujer estuvo dentro de su campo de visión, pero, por educación, trataba de no mirarla.

Mientras trabajaba el equipo forense, Abu-Yussuf empezó a sentirse enormemente cansado. Pensó que si cerraba los ojos se sumiría en un sueño peligroso, por eso mantuvo la mirada fija en el mar y dejó vagar sus pensamientos. «Eva». Su verdadera tumba estaba en la ciudad. Siempre le había parecido muy extraño que estuviese enterrada en Yeda, mientras Adán estaba en La Meca. ¿Se habían peleado después de ser expulsados del Jardín del Edén, o al igual que muchos hombres de hoy en día, él había muerto primero y eso le había proporcionado a Eva la oportunidad de deambular? Su abuela, ya fallecida, le había dicho en cierta ocasión que Eva medía ciento ochenta metros de altura. Ella había visitado su tumba de joven, antes de que el virrey demoliera el emplazamiento, y le había contado que era más larga que la caravana de camellos de su padre.

Uno de los forenses se inclinó sobre el cuerpo. Abu-Yussuf salió de su ensueño y miró por última vez el brazo desnudo de la mujer. «Que Alá la acoja en su seno». Al agacharse para coger la caja de aparejos sintió náuseas. Tragó para contener el impulso, miró hacia la calle y empezó a caminar con una energía que en realidad no tenía. «¿Puedo ayudarle, tío?». Era otro agente, más alto que el primero, con el rostro anguloso y pétreo, como una escultura de mármol. No le dio tiempo a poner ninguna pega. Le tomó del brazo y caminaron juntos, un paso detrás de otro. El camino se le hizo más fácil cuando imaginó a Eva, una mujer gigantesca, pisoteando las ciudades como si fuesen felpudos. Podría haber llegado a la playa de un solo salto.

Era una lástima que las mujeres modernas fuesen tan pequeñas y frágiles.

24 HORAS ANTES

En el garaje de carga de al-Amir Imports, el enorme ajetreo amortiguaba el sonido del móvil de Nayir, que pasó desapercibido en su bolsillo. Había que plegar las tiendas, almacenar las raciones y el agua, y poner en funcionamiento la red de navegación del GPS. Mientras los hermanos Amir protestaban por la estática que aparecía en las pantallas de sus dispositivos móviles, uno de los ayudantes se acercó a Nayir a toda prisa para advertirle que los sirvientes se habían olvidado de las pastillas de sal.

Nayir se dirigió al Land Rover —con el móvil aún sonando alegremente— y empezó a hurgar en el maletero buscando las pastillas. Encontró manteles y cubertería, dos cartones de cigarrillos, un reproductor de DVD portátil y una antena parabólica, objetos cuyo consentimiento no había dado para el viaje. Sabía de sobra que los hombres llevaban cualquier cosa al desierto, pero lo de la antena parabólica le pareció excesivo.

—Saca estas cosas de aquí —ordenó—. Y no se lo digas a nadie. Simplemente hazlo.

—¿Dónde las pongo? —preguntó el ayudante.

A Nayir le corría el sudor por la espalda.

—No me importa. Pero procura que no se den cuenta hasta que nos hayamos marchado.

Sacó un pañuelo del bolsillo y se secó la cara. El garaje, como muchas dependencias de las familias muy ricas, tenía aire acondicionado, pero servía de poco porque el calor emanaba de todos lados.

—¡Y manda a uno de los sirvientes para que compre las pastillas de sal!

Esos hombres iban a tomar una dosis diaria de sal les

gustase o no, pues no quería que regresasen en camilla, ni deshidratados.

Nayir cogió una botella de agua y se dirigió hacia la puerta. Detrás de él había una hilera de doce Land Rover en formación real, cuidados por detallistas, revisados por mecánicos y atendidos con tanto esmero por los sirvientes (ese tipo moderno de esclavitud importado de Sri Lanka y Filipinas) que parecían pachás. Y todo para una simple excursión de cinco días al desierto, cuya única finalidad era que la mitad de los varones de una familia asquerosamente rica de importadores textiles pudiese luego alardear delante de sus amigos y vecinos diciendo que habían estado cazando zorros, comiendo al lado de una hoguera y llevando una «vida sacrificada» en las lindes del desierto de Rub al-Jali. Al principio planearon que el viaje durase dos semanas, pero debido al enorme caos de sus horarios y compromisos —cada hijo de Amir tenía que dirigir su propia boutique, atender a sus inversores y cuidar de sus empleados—, su aventura en el desierto se había ido acortando poco a poco hasta quedar reducida a solo cinco días. Cinco. Nayir los contó mentalmente: días uno y dos, de ida. Día tres, orinar en el desierto. Días cuatro y cinco, de regreso a casa.

Recordó los preparativos que había hecho para viajes mucho más largos, a sitios mucho más difíciles, en compañía de hombres mucho más atrevidos que aquellos. Entonces tenía que empacar sacos de arena y palomas vivas para las excavaciones arqueológicas con el viejo doctor Roeghar y Abu-Tareq.

—¿Por qué tenemos que llevar arena al desierto? —había preguntado Nayir, que entonces solo tenía ocho años.

—Para tener algún lastre en caso de tormenta —le respondió el doctor Roeghar.

Nayir no había entendido el significado de la palabra «lastre», y tuvo que consultar el diccionario de inglés-árabe de su tío. Cuando por fin captó su significado, la idea le suscitó una imagen de un desierto tan inhóspito y azotado por el viento que no pudo contener su excitación. Luego llegó al verdadero desierto, tan ardiente que él y los demás niños tuvieron que

taparse el rostro por primera vez en su vida, ingerir agua a intervalos regulares y descubrir el efecto tan indignante que les producían las pastillas de sal en el sistema gastrointestinal.

Aquel año se puso su primer par de gafas de sol, pero Raja, la hija de Abu-Tareq, se mofó de él por parecer tan estadounidense que se las quitó al instante y jamás las volvió a utilizar. La joven y hermosa Raja de ojos verdes. Ella le juró que algún día se casaría con él, y él la creyó, para su posterior y silenciosa vergüenza. Durante el día dormían uno al lado del otro en la tienda de su tío Samir, sobre un viejo colchón de paja que olía de manera incongruente a verde y química. Las máquinas se erguían por encima de ellos, colocadas sobre mesas plegables de madera. Raja y él se apretujaban uno contra el otro, frente a frente, con las mejillas polvorientas y el pelo cubierto de arena. A veces entrelazaban las piernas y, en cierta ocasión, él ató unos trozos de cuerda alrededor de su pelo mientras dormía, y luego toda su mata de cabello al suyo con una cuerda aún más larga. En ocasiones, cuando se despertaba, advertía que Raja había entrelazado los dedos en su pelo, largo y enredado por el viento. El viento los despertaba al anochecer, oían el ajeteo del campamento y el frío de la noche les obligaba a salir al exterior. Todo se olvidaba en cuanto salían a jugar.

Ahora le costaba trabajo imaginar que alguna vez se hubiese sentido tan ligado a una chica, tan unido como para dormir en el mismo colchón y haberse llamado mutuamente «mi mejor amigo». A los once años, Raja se convirtió en una «mujer», y su madre le puso el velo y la envió con sus hermanas. Nayir no la volvió a ver nunca más. El invierno siguiente, la excavación del doctor Roeghar partió sin ella, y Nayir no tardó en crecer lo bastante como para avergonzarse por cualquier recuerdo insistente de su rostro.

Nayir se bebió la mitad de la botella de agua y se contuvo para no echarse la otra mitad por la cabeza. Su guía beduino, Abdullah bin Salim, estaba a las afueras del garaje, sin perturbarse lo más mínimo por el calor. Miraba el tráfico que corría por el bulevar. Tenía la misma mirada que cuando observaba

los pastos invernales del Rub al-Jali, una mirada de contemplación y desafío que decía: «¿Qué me traes este año?».

Frunció el ceño cuando vio acercarse a Nayir.

—¿Estás seguro de quererlos llevar? —preguntó Abdullah.

Nayir quiso recordarle que todos los años le hacía la misma pregunta, fuese quien fuese la gente que llevasen al desierto.

—Tengo que reconocer que no creo que estén muy preparados.

Abdullah no respondió.

—No te preocupes —añadió Nayir—. Estoy seguro de que todo irá bien.

Abdullah continuó mirando el bulevar.

—¿Cómo los has conocido?

—A través de Samir. Conoce a su padre desde hace doce años.

—Esas personas no son beduinas. Jamás lo fueron. Basta con mirarles para saber que fueron *sharwaya*.

Se refería a los pastores, no a los «verdaderos» beduinos cuya vida estaba ligada a la de sus camellos. Era un insulto, pero Nayir ya había escuchado ese comentario en muchas ocasiones. Las familias que llevaban al desierto nunca eran lo bastante buenas para Abdullah. Y quizá estaba en lo cierto al decir que no podrían sobrevivir en ese territorio que sus antepasados habían habitado durante seis mil años, pero, a la larga, merecía la pena intentarlo.

Nayir asintió educadamente.

—Probablemente tengas razón. Por eso debemos enseñarles a ser verdaderos beduinos.

Su móvil volvió a sonar y esta vez respondió. Escuchó con paciencia a su tío y le dio algunas respuestas breves. Cuando terminó, se disculpó por no poder continuar con los preparativos y se dirigió rápidamente al aparcamiento en busca de su *jeep*.

Cuando Miriam Walker se dirigió a la parte trasera del avión, se dio cuenta de que el vuelo a Yeda sería bastante tedioso, pues estaba abarrotado de turistas. Había demasiados objetos en las parrillas portaequipajes, demasiados auxiliares de vuelo nerviosos recorriendo los pasillos en busca de espacio. Sintió una mezcla familiar de temor y excitación. Estaba deseando ver de nuevo a Eric —había estado fuera durante un mes—, pero ese sencillo recorrido por el pasillo le recordó que volvía a un mundo donde pasaría semanas sin salir de casa. A medida que la cola de pasajeros se movía a duras penas, siguió avanzando, deseando abrocharse el cinturón de seguridad, como si este le impidiese bajarse del avión y darle la espalda a todo.

Al parecer le habían asignado un asiento al lado de un hombre. Pensaba que la aerolínea Saudia tenía sus restricciones en lo referente a sentar a las mujeres al lado de hombres desconocidos, pero al parecer no era así. El hombre la miró con complicidad mientras se acercaba. Tenía los ojos negros y la piel aceitunada típica de los árabes, pero el cabello de color rubio natural. Ese contraste le daba un aspecto sorprendentemente atractivo. Las mejillas de Miriam se sonrojaron. Se ocultó detrás de un hombre alto que llevaba un turbante. Lenta y de forma natural, se irguió y pasó la lengua por los dientes delanteros. Una mirada a hurtadillas le hizo percatarse de que aún seguía mirándola. Técnicamente seguían estando en Nueva York, pero notaba cómo Arabia Saudí empezaba a envolverla con cada ráfaga de aire reciclado. Se pasó la mano por el pelo y pensó: «Disfruta del último ápice de libertad, ricitos».

Se sentó en su asiento y esbozó una sonrisa desenvuelta, practicada para ocultar un incisivo torcido. Él la saludó con una mirada de satisfacción. Para evitar que le hablase, empezó a rebuscar en su bolso y simuló forcejear mientras lo ponía debajo del asiento que había delante. Luego se puso a inspeccionar el contenido del bolsillo del asiento delantero, y encon-

tró un regalo inesperado: una bolsa de seda con asas que probablemente habría olvidado el pasajero que se había sentado antes que ella. Contenía un cepillo de dientes, una pastilla de jabón, un peine de concha de tortuga y un bote de perfume de Calvin Klein de la marca Escape. Miriam sonrió.

Cuando el avión salió de la puerta de embarque, se puso tensa. Ya no había forma de retroceder. A ella nunca le había dado miedo volar, pero desde que viajaba a Arabia Saudí las cosas habían cambiado. Mientras recorrían la pista su instinto prevaleció, y las palmas de las manos se le pusieron frías, empezó a sudar por la frente y notó una presión en el pecho. Parecía que al avión le costaba alcanzar la velocidad suficiente como para levantar el vuelo. Todo el mundo miraba las ventanas y las paredes, que vibraban de forma violenta. Uno de los compartimentos de arriba se abrió de golpe y salieron despedidos algunas chaquetas y un bote de café que fueron a parar a la cabeza de uno de los pasajeros. Se preguntó por qué alguien llevaría café Folgers a Yeda.

—¿Sabía que antes, en los vuelos de la compañía Saudia, solían pronunciar oraciones del profeta Mahoma por los altavoces antes de iniciar el viaje? —dijo el hombre que estaba sentado a su lado. Habló con acento americano, dejándola perpleja, pues había pensado que era árabe.

—¿De verdad? —respondió ella con una risa nerviosa.

—Otra tradición que se ha perdido —añadió el hombre, que parecía casi divertido.

Ambos notaron la resistencia que ponían sus cuerpos a la ascensión. Un hombre al otro lado del pasillo empezó a maldecir. Miriam deseó mandarle callar, pero estaba articulando una especie de oración, con la esperanza de que no cayesen del cielo. El avión se niveló, dando un brusco bote. Pareció detenerse en medio del aire y flotar como una morsa encima de una pelota. Una canción de cuna empezó a ronronear de forma mecánica en su cabeza. Era de noche. La oscuridad y el miedo hicieron que se sintiese sumamente cansada. La única forma de escapar de aquel miedo era rendirse al vacío de la

inconsciencia, pero en los vuelos de la compañía Saudia no servían alcohol, por lo que el lento adormecimiento solo vendría cuando apagasen las luces. Cerró los ojos con el afán de evitar que su compañero iniciase una conversación, pero este presionó el botón de llamada. Ring. El auxiliar de vuelo acudió con aspecto de estar molesto. El hombre se inclinó hacia delante, tocándole casi el pecho con el hombro.

—Disculpe —dijo. Pidió dos vasos vacíos—. Uno para mí —le dijo al auxiliar—y otro para mi novia.

Del bolsillo de la chaqueta sacó dos pequeñas botellas de vino. Miriam se sobresaltó.

—¿Acaso no sabe que está...

—Prohibido —interrumpió él—. Sí, pero ¿qué pueden hacernos? ¿Echarnos del avión?

El hombre esbozó una sonrisa, sirvió los vasos y metió las botellas en el bolsillo del asiento delantero. Le dio un vaso a Miriam. Ella negó con la cabeza, pero el hombre insistió.

—Vamos —sugirió—. Lo peor que puede sucedernos es que nos hagan tirarlas por el váter.

Miriam se sintió de nuevo como una adolescente y se comportó de igual forma que entonces. Aceptó el vaso de vino.

—Gracias —dijo, dando un sorbo. Era un paliativo de bienvenida. De hecho, lo peor que podía sucederles es que los arrestasen y llevasen a prisión cuando aterrizase el avión.

—¿Es su primer viaje a Yeda? —preguntó el hombre.

—No. El segundo.

Miriam vio parpadear la televisión y luego aparecer una enorme flecha indicando la dirección de La Meca y la hora del próximo rezo: faltaban cinco horas, hora local. La azafata pasó a su lado llevando neceseres, seguida del asistente de vuelo que servía café y dátiles. Ella ocultó el vaso de vino debajo de la bandeja, pero a ninguno de los dos pareció preocuparle lo más mínimo.

—¿Y usted? ¿Es su primer viaje?

—No. Por cierto, me llamo Apollo —dijo con una sonrisa burlona—. Apollo Mabus.

—Bonito nombre —respondió ella, devolviéndole la sonrisa—. Yo me llamo Miriam.

—¿Tiene acento sureño?

—Soy de Carolina del Norte.

—Vaya, yo de Nueva York.

Lo dijo de la misma forma que suele emplear la gente al decir «jaque mate». Ella era una especie menos común, quizá como Elvis, viviendo en una caravana a base de queso y sémola procesada. El desaire era tan común, tan predecible que debería haberlo previsto, pero aun así se sonrojó y ocultó el rubor dando un largo sorbo de vino.

—¿A qué se dedica?

—Soy doctora.

Observó su reacción; vio que su rostro se ponía rígido y decidió que ya no le gustaba tanto como había creído. Obviamente, no estaba dispuesta a aclararle que tenía un doctorado en música.

—¿Y usted? Parece un profesor.

El hombre enarcó las cejas.

—¿Por qué lo dice?

—Bueno, porque parpadea, lo que significa que se habrá dejado las gafas en algún sitio. Y tiene un callo muy grande en el dedo falange y una mancha de tinta en el pulgar.

Él trató de ocultar su incomodidad con una mirada divertida. El vino empezaba a hacerle efecto a Miriam, quien añadió:

—Aunque no parece el típico profesor con chaqueta, y por lo que veo tiene unos bíceps bastante grandes, así que dígame, ¿es profesor de levantamiento de pesas?

—Cuando se pasa mucho tiempo sentado en una mesa —dijo él con malicia—, es bueno practicar algo que te haga bombear la sangre.

Miriam pensó que lo que acababa de decir era una cursi-lada, y tomó otro sorbo de vino.

—¿Para qué va a Arabia Saudí? —preguntó ella.

Apollo puso los codos en los reposabrazos, y ella le observó

mientras jugueteaba con la correílla de su reloj, dándole vueltas alrededor de la muñeca.

—Soy profesor de Estudios sobre Oriente Medio. Mi especialidad es la escritura coránica. Hago un viaje de investigación.

—Vaya.

Ella notó cómo le subía el alcohol y percibió un ligero mareo. Algo en la televisión atrajo su atención y alzó la mirada para ver que la película que iban a proyectar había sido censurada. Los brazos y el pelo de las mujeres se movían por la pantalla dibujando parches borrosos de color grisáceo.

—¿Y usted? ¿Para qué va a Yeda?

—Mi marido encontró un buen trabajo...

—Lo imaginaba —interrumpió él con una sonrisa—. No pensé que iría al país usted sola.

Aunque acababa de pasar las últimas cuatro semanas quejándose a sus hermanas, a su padre, a sus sobrinas, y a cualquiera que estuviese dispuesto a escuchar las miserias que suponía ser una mujer en Arabia Saudí, notó un hormigueo.

—Creo que es muy valiente de su parte ir a Arabia Saudí para que su marido siga progresando en su carrera. ¿O lo hace simplemente por dinero?

—Por ambas razones —respondió ella con la mayor naturalidad que pudo, aunque no era del todo cierto. Eric había conseguido un trabajo como guardaespaldas, o mejor dicho, como «especialista en protección ejecutiva», si bien su entrenamiento militar se había centrado principalmente en la ingeniería. Le había dicho que quería dejarlo y hacer algo más práctico e interesante, pero podría haber trabajado en seguridad en cualquier otro lugar. A ella no le agradaba que hubiese escogido Arabia Saudí, aunque fuese solo por un año.

—¿Cuánto tiempo lleva en el país? —preguntó Mabus.

—Seis meses.

—Increíble. La mayoría de las mujeres no soportan tanto tiempo. Me refiero a las mujeres occidentales, por supuesto. Y si lo hacen es con ayuda de medicamentos. Supongo que vivirán en el complejo, ¿verdad?

Miriam miró el vaso.

—No.

—¿De verdad? Eso es un poco raro. ¿Tiene usted chófer particular?

Ella apretó los labios y negó con la cabeza. Era un territorio muy peligroso y buscaba desesperadamente una forma inteligente de cambiar de tema, pero estaba un poco aturdida por el vino.

—Dígame —continuó él sin percibir su incomodidad—, ¿qué hace cuando tiene que quedarse todo el día en casa sin poder salir, coger el coche o montar en una jodida bicicleta?

Pronunció aquellas palabras en voz tan alta que Miriam levantó la vista esperando encontrar algunas miradas de horror. Nadie parecía haberse percatado.

Sus preguntas le habían provocado una sensación familiar de autocompasión y rabia contenida que le hicieron sudar. A ella no le apetecía pensar en su confinamiento, pero él lo había fastidiado todo al preguntarle. ¿Qué quería aquel cabrón? ¿Verla sollozar? Si eso es lo que pretendía, no estaba dispuesta a darle esa satisfacción.

Apollo rompió el silencio con una carcajada, una explosión que hizo que la adrenalina le recorriese todo el cuerpo.

—Una buena respuesta, una respuesta por demostración, diría yo —luego se puso serio y concluyó—: No es lugar para una mujer.

Miriam asintió. Cualquier cosa que dijera, solo serviría para fomentar sus diatribas.

—Esa gente odia a las mujeres. Las temen y las odian. ¿Sabe por qué? Porque son más inteligentes, más dotadas biológicamente, y porque siempre han tenido el poder sobre los hombres.

Notó el olor del vino en su aliento, mezclado con la fragancia boscosa de su colonia. Le recordó el olor de un dormitorio, el aire enrarecido, el olor de un hombre.

—Hay un antiguo proverbio islámico que dice que el cielo está atestado de mendigos, y el infierno de mujeres.

Ella le miró con el ceño fruncido, pero él continuó:

—Y aún no conoce lo peor, créame.

—¿A qué se refiere?

—Cuando crea que va a regresar a Estados Unidos, descubrirá que su marido se ha enamorado de ese país. Lo he visto docenas de veces. A los hombres les gusta tanto Arabia Saudí como las mujeres lo odian.

»Si de verdad quiere conservar el amor de su marido —continuó Mabus—, entonces dígame que los sauditas religiosos creen en el «deber de la disociación» de los infieles. Eso significa que tienen la obligación de mantenerse a distancia de ustedes. Creen que relacionarse con infieles —es decir, usted y su marido— los aleja de su religión. Pueden mostrarse muy hospitalarios con su marido, ofrecerle té y dátiles, pero jamás lo aceptarán; al menos no en su país. Es el más xenófobo de todos. Ya lo dice el Corán: «Tú, creyente, no tomes por amigos a aquellos que no pertenecen a tu clase, pues tratarán de corromperte».

—Estoy segura de que...

Iba a decirle que «no todo el mundo opinaba de la misma forma», pero, al ver que trataba de llevarle la contraria, él la interrumpió bruscamente y dijo:

—Dicen que el Corán es la palabra de Dios, y que todo lo que hay escrito en él es el mensaje transmitido al profeta Mahoma. Exactamente tal cual, palabra por palabra. No les importa que lo escribieran muchas personas diferentes, ni que lo tradujeran del arameo. Ellos se sienten jodidamente orgullosos de no haber cambiado ni un solo signo diacrítico de su libro sagrado desde que fue escrito. ¿Sabía eso?

—Lo imaginaba —mintió ella.

—¿Y piensa quedarse ahí sentada sin decirme que no están atrasados? ¿Qué pensaría si le dijese que la Biblia es la palabra de Dios, y que la forma en que está escrita hoy es la misma que Dios quiso, y que no se ha cambiado ni una palabra desde entonces? ¿Acaso me creería?

Miriam se sintió muy molesta, y temía hablar porque no

quería provocarle, ni causar más inoportunas interrupciones, o que estallase de rabia. No había nadie observándoles, pero sentía como si todo el avión les estuviese escuchando. De forma tardía se dio cuenta de que, para ser un hombre tan preocupado por los derechos de las mujeres, la había silenciado de forma más eficiente que cualquier desdeñoso saudita con el que hubiera tratado.

Los efectos del vino se le habían pasado con la subida de adrenalina, pero ahora también se estaba aplacando. Mabus continuó, algo menos enfadado, pero parecía empeñado en que comprendiese lo cruel y atrasado que era aquel país, y lo estúpida que era ella por tener que soportar aquello, especialmente por un hombre. Dejó que se regodease, pero se preguntó de dónde procedía tanta cólera. La curiosa dualidad de su aspecto —medio árabe y medio occidental— no concordaba con su igualmente intrigante personalidad. De hecho, parecía como si lo hubiesen derrotado de alguna manera; era el estereotipo bidimensional de un fanático estadounidense.

Ella pensó en Eric, en su obstinado reconocimiento de la cultura saudí, del Islam, y de lo mucho que este se había fortalecido durante los últimos meses. Ella había ido a Arabia Saudí con la esperanza —con la esperanza y el temor— de que la intensa represión del país acabase con esa atracción suya, pero en realidad había sucedido justo lo contrario.

—Creo que se equivoca —recalcó ella, interrumpiéndole a mitad de una frase.

—¿Sí? —respondió él, sorprendido.

Se sintió vencida, pues le invadía esa terrible sensación que se tiene cuando se respalda un argumento que no puede apoyarse, y menos aún cuando se está aturdido por los efectos del alcohol.

—Sí —dijo sin estar demasiado convencida de lo que debía decir hasta que las palabras salieron—. Yo no vine a este país por mi marido. Vine por mí. Quería ver cómo vivía esta gente. Conocerlos.

—¿Y qué puede decirme de ellos ahora?

Ella le miró, quizá con demasiada acritud.

—Que odio a los fanáticos.

Cogió el vaso de vino, se desabrochó el cinturón de seguridad y se levantó mientras observaba su mirada de ofendido.

Los asistentes de vuelo habían desaparecido. No había nadie en los pasillos, y habían reducido la intensidad de las luces. Miriam cruzó esa pequeña partición que habían reservado para que rezasen los viajeros musulmanes y se dirigió hacia el servicio, buscando a tientas la puerta plegable.

Cerró la puerta con llave, se sentó sobre la taza del inodoro y se cubrió el rostro con las manos. Su caja torácica estaba palpitando. Se frotó la frente hasta que cesó el golpeteo.

«No seas estúpida. ¿Qué te sucede? No hay duda de que es un excéntrico». Al levantarse, se vio reflejada en la puerta de aluminio. Parecía encogida y lúgubre vestida con aquella falda gris de Penney, lo bastante larga para parecer una mujer recatada, pero con una mancha en forma de hígado en la parte delantera, donde se había derramado inexplicablemente el vino. Su reflejo estaba tan distorsionado que parecía tener una cabeza diminuta y unos pies muy grandes. Tenía el mismo aspecto que como se sentía: fea e impotente.

Llenó el lavabo de agua, se lavó la cara y se la secó con una toalla de papel. El señor Apolo. Deseó que alguien lo enviara a la Luna. Se miró las manos, pero por mucho que lo intentó no podía sentir a Eric. De hecho, no podía ni tan siquiera imaginar su rostro, solo sus rasgos generales, como el color de su pelo o la forma de sus hombros.

El olor del aliento de Mabus parecía impregnarla: era el olor rancio del vino añejo. Se inclinó sobre el lavabo, se enjuagó la boca, se lavó las manos y se alisó el pelo. Se lavó una y otra vez porque le parecía reconfortante y porque quería desprenderse de aquel olor a vino. Al fin y al cabo, regresaba a Arabia Saudí.

Entorpecida por el burka negro que le cubría el rostro, Miriam cogió su bolso, lo apretó contra el pecho y recorrió el estrecho

vestíbulo para dirigirse a Inmigración mientras los hombres pasaban a toda prisa a su alrededor, formando una imagen borrosa de color blanco. Mabus no le había quitado ojo desde que bajaron del avión, por eso se puso el burka, con la esperanza de evitar hablar con él.

En dos ocasiones tropezó con la parte baja de su túnica, la segunda vez incluso empujó accidentalmente a un hombre que le respondió con un sonido sibilante. Miriam se detuvo para dejarlos pasar hasta que todos se marcharon. Luego se levantó el velo para permitirse el lujo de la visión.

El vestíbulo se fue vaciando y se subió el burka. Fuera, los últimos resquicios del atardecer se estaban desvaneciendo para dar paso a la noche. El enorme avión de la compañía Saudia que la había traído desde Nueva York relucía con un color verde fosforescente bajo las luces de la pista. De tres pisos de altura, desafiaba los cielos de la misma forma que el *Titanic* había desobedecido en cierta ocasión la gravedad.

Sacó el móvil del bolso y miró la pantalla: no tenía ninguna llamada de Eric. Esperaba que eso significase que había salido del trabajo a su hora y la estuviese esperando en Inmigración.

Caminó a tientas detrás de los demás rezagados y cruzó una serie de vestíbulos enmoquetados hasta entrar en la enorme sala de aduanas, iluminada con un color blanco fluorescente; los pasajeros hacían cola en las hileras de Inmigración como unos huérfanos esperando que les sirvieran la sopa. Al margen de los edificios religiosos, ese era uno de los pocos lugares en que los sauditas se entremezclaban con los trabajadores extranjeros: porteros filipinos, taxistas egipcios y sirvientas de Indonesia.

Mientras se ponía en la cola para lo que parecía una espera interminable, se ajustó su indumentaria: una túnica negra que llegaba hasta el suelo, un simple velo que le ocultaba el pelo y un burka, es decir, un trozo rectangular de tela negra que le tapaba el rostro. El burka se ataba en la parte de atrás de la cabeza con un trozo de velcro, pero, por alguna razón, el suyo jamás se quedaba sujeto. Algunas mujeres vestían esa indu-

mentaria con una facilidad innata, pavoneándose por las calles y contoneando rítmicamente esa áspera ropa mientras emitían un susurro. Entre los extraños, reducían el paso para pasar por entre la multitud, pues sabían que los hombres se apartarían como cortesanos que dejaran pasar a una reina, reverentes, temerosos de tocarlas. Esas mujeres tenían una visión de rayos X que les permitía ver en la oscuridad, distinguir los bordillos de las aceras, vislumbrar al conductor adolescente que venía a toda velocidad por las callejas, detenerse para contemplar los artículos en las tiendas de regalos, y todo eso sin necesidad de levantarse el burka.

«Y luego estaban las mujeres como yo», pensó Miriam, las que parecen estar aprisionadas en su túnica como muñecas de plástico envueltas en una película adherente en un día de verano, siempre removiéndose y ajustándose, tirando de un lado y del otro, tropezando y cogiendo el pañuelo del pelo antes de que se les cayese al suelo. Además, el burka no tenía ninguna abertura para los ojos, solo una tela delgada a través de la cual podía distinguir ciertas formas alargadas. Eric se lo había comprado. No se había dado cuenta de ese detalle hasta que lo trajo a casa y ella se lo había puesto. Avergonzado, pero divertido, le había dicho que se lo tomase como unas gafas de sol. Qué cabrón.

Muy a su pesar, sonrió al recordarlo.

—Nadie te obliga a llevar el burka —dijo.

Ella lo sabía, pero había momentos en que prefería hacerlo, pues le otorgaba un sentimiento de intimidad. En cualquier caso, resolvió el problema poniéndoselo de tal forma que solo le cubriese la boca y la nariz. Cuando lo hacía, dejaba la frente al descubierto, pero era mejor que nada.

Media hora después, dejó el pasaporte en la ventanilla blindada y, de mala gana, se quitó el burka para que el guardia pudiese verle el rostro. De repente se sintió expuesta y notó las miradas de los hombres que la rodeaban. A su derecha, un marido y su mujer pasaban por el control, pero observó que la mujer no se levantaba el velo.

El guardia comparó su cara con la imagen que aparecía en la fotografía del documento. No podía ser tan difícil compararla, pero esperó hasta que terminase, ya que recordó que él tenía todo el derecho a tomarse su trabajo con seriedad.

—¿Lugar de origen? —preguntó el hombre pasándose el dedo por debajo de la nariz.

—Carolina del Norte, Estados Unidos.

—¿Fecha de regreso?

«Lo antes posible», pensó. Sin embargo, respondió:

—En enero.

—¿Regresará de vacaciones o permanentemente?

—Permanentemente —dijo parpadeando—. Si Dios quiere.

El guardia levantó la mirada.

—Si Dios quiere —repitió.

Hojeó las veinticuatro páginas del pasaporte, luego se frotó la nariz y resopló varias veces por las fosas nasales.

—De acuerdo, señora Walker.

—Doctora Walker.

—Señora Walker —el guardia cerró el pasaporte y se lo entregó a través de la rejilla—. Usted no tiene permiso de trabajo. Lo lamento, pero no puede entrar sin su ma...

—Mi marido está aquí. Estoy segura de que se encuentra al otro lado de la barrera.

El guardia miró la parte superior de su cabeza.

—Y su... marido... ¿dónde trabaja?

—En SynTech Corporation —respondió, notando la mirada del hombre que había detrás—. Se llama Eric Walker. Trabaja en el...

—¿Quién es su aval? —preguntó el guardia volviendo de nuevo a su teclado.

—El señor Mohamed al-Saeed.

El guardia mecanografió algo y miró el ordenador durante un tiempo interminable antes de fruncir el entrecejo. Luego le hizo una señal con el mentón para que pasara.

Miriam no estaba de humor para darle las gracias.

—Por favor, señora, ponga sus pertenencias aquí —dijo el agente de aduanas señalando un lugar muy determinado de la mesa—. Aquí.

Parecía que estuviese participando en un juego preescolar para comprobar su destreza motriz. El agente no tendría más de quince años. No tenía nada de barba, y sus ojos rebosaban juventud. Había algo ridículo en él, una arrogancia muy poco apropiada para su edad. Su AK-47 colgaba del hombro, y se la ajustó de la misma forma que hace una mujer con su bolso.

Colocó la maleta sobre la mesa. El agente recorrió la cremallera y, después de inspeccionarla meticulosamente, le pidió que sacara los libros. Ella los apiló sobre la mesa, pero él los colocó en una cesta de plástico y los apartó a un lado.

—Son solo *thrillers* —musitó.

Había tenido sumo cuidado de no empaquetar libros con imágenes de personas en la portada, pues eso se habría considerado una indecencia. Podría haber comprado esos mismos libros en el mercado negro del país, pero no quería incumplir la ley. Miriam cerró la maleta.

Registraron todas sus pertenencias salvo el bolso, un artículo de piel color gris con un sello falso de Gucci. En realidad era un bolso de artículos de perfumería que simulaba un bolso de mano, el complemento ideal para los carteristas, aunque ella guardaba su dinero en el zapato. Al cruzar las puertas metálicas, se preguntó por qué no lo habían inspeccionado. Quizá temían encontrar tampones o una barra de labios. Ahora, en ese país, hasta su bolso de mano se consideraba indecente, pero ella lo aferró con fuerza, pues era su último resquicio de intimidad.

Miriam suspiró. «Ya casi hemos llegado». Miró a la multitud que se aglomeraba al otro lado de la barrera, pero no vio el más mínimo rastro de Eric. Al dirigirse hacia la entrada del salón, se percató de que todos los hombres podían ver su rostro blanco. Sus ojos jamás se cruzaban, pero su visión periférica

le permitió observar sus miradas. «Vaya mierda», pensó. Sin embargo, si se ponía el burka, Eric no podría reconocerla.

Entre ella y las divisiones blancas de la aduana solo había una figura: un guardia uniformado que caminaba a paso rápido hacia ella. Llevaba una semiautomática en el hombro y, aunque desviaba la mirada, su trayectoria le indicó que se dirigía hacia ella. Se quedó paralizada. Las personas miraban desde el otro lado de la barrera. El guardia caminaba tan rápido que por un instante pareció pasar de largo, pero la cogió del brazo y la hizo caminar a su lado. Ella no puso la más mínima resistencia, pero agarró la maleta y la puso al lado del agente, sorprendida por la fuerza con la que este la apretaba.

—¿Dónde me lleva? —preguntó Miriam tartamudeando y recibiendo una respuesta no verbal mientras el agente abría de golpe una puerta que estaba al lado del control de pasaportes. Vio una habitación oscura y deprimente. Había tres mujeres sentadas en las sillas metálicas, con aspecto mustio a causa del calor. El agente la empujó para que entrase en la habitación, y ella se tambaleó tanto que soltó la maleta. Esta cayó al suelo emitiendo un golpe seco, un segundo antes de que la puerta se cerrase a su espalda.

4

El inspector Osama Ibrahim se inclinó sobre el maletero de su coche para coger sus zapatos de campo, mientras miraba a hurtadillas cómo el viejo pescador se alejaba en su vehículo. No estaba seguro de que fuese muy buena idea dejarle conducir solo, pues parecía muy consternado; ¿quién no lo estaría después de encontrar un cuerpo como aquel? Sin embargo, había algo en él que le inspiró cierto pesar, pues le hizo pensar en cómo sería su padre de haber vivido más tiempo.

Recordó un haz de luz verde, el halo dorado del interior de la mezquita envolviéndoles a todos. La Medina, la tumba del

profeta, que la paz sea con él. La suave voz de su padre vino de repente: «No puedes tocarla, está prohibido adorar la tumba, porque así lo quiso Mahoma, *sallallahu alayhi wa sallam*.

Asociar el recuerdo de su padre con la horripilante imagen de una escena criminal era un sacrilegio, y, aunque podría haberlo achacado a una mentalidad angustiada, se había repetido con demasiada frecuencia. Durante los últimos cinco años había trabajado en la brigada de homicidios, y había visto muchos cadáveres, pero su padre fue la única persona a la que vio morir, a la cual vio pasar de la vida a la muerte. O, si quería ser más específico, entrar en el *barzakh*, es decir, en ese estado de sueño frío en el que uno se adentra después de la muerte física, pero antes de que el espíritu salga del cuerpo, justo cuando los ángeles inquisitivos, Munkar y Nakir, acuden para interrogar al muerto. Obviamente aquello era una estupidez, pero le gustaba imaginarlo.

Bajó hasta la arena, sintiéndose solo sin Rafiq. Su compañero estaba aún de baja. Deseaba enormemente poder recurrir a Faiza, pero no había razón alguna para que una mujer estuviese allí, y solo conseguiría despertar la curiosidad de los que trabajaban en el departamento.

La playa estaba acordonada con cinta amarilla, pero fuera de ese recinto también habían colocado unas barreras mayores para que el equipo forense instalase una oficina de campo improvisada en la parte trasera de una furgoneta. Se veía a los hombres hablar ruidosamente por entre los coches patrulla y los vehículos camuflados que estaban aparcados sin orden ni concierto a ambos lados de la carretera. Aunque no había mucho tráfico en esa zona, especialmente a esas horas de la mañana, habían dispuesto un control policial para evitar las miradas de los curiosos.

El anciano que había encontrado el cuerpo se había referido a ella llamándola Eva, y el nombre se le había quedado grabado en la mente. Por extraño que pareciese, el lugar donde yacía Eva estaba muy tranquilo, a pesar de estar rodeado de trabajadores. Osama se acercó con sumo cuidado. «Por favor,

que no sea otra sirvienta», pensó. Sin embargo, el rostro del técnico forense le reveló lo que él ya sentía: una inmensa e inconmensurable pena, como si fuese su propia hermana la que yacía en aquel lugar.

En cierto momento, Osama se había sentido muy orgulloso de los índices de criminalidad del país, pues eran de los menores del mundo. Siempre había creído que la dureza de los castigos era un factor disuasorio, pero eso fue antes de ingresar en la brigada de homicidios.

El número de asesinatos se incrementaba día a día, y muchas personas estaban tan trastornadas que le hacían pensar que el país se estaba yendo a la deriva. El año anterior, un hombre le había cortado la cabeza a su sobrino, de un solo año de edad, en un supermercado, delante de su propia madre y de un grupo de clientes. Le había cortado la cabeza en la sección dedicada a las frutas y verduras. Había tenido una discusión con los padres del niño, se había enfadado y esa había sido su forma de vengarse.

Osama tuvo que hacer un enorme esfuerzo para mirar el cuerpo de Eva. No le zumbaron los oídos, pero la brutalidad de la escena hizo que la carne se le pusiera de gallina. Le habían quemado las manos; puede que se las hubiesen metido en aceite hirviendo. Tenía la piel inflamada y cubierta de ampollas, de un color rojo intenso. El año anterior, la policía había descubierto el cuerpo carbonizado de una mujer en el interior de un frigorífico abandonado en el barrio de Aziziya, justo delante del Departamento para la Educación de la Mujer. Sin embargo, aquella zona no entraba dentro de su jurisdicción y por eso no había visto el cuerpo, pero le comentaron que seguía ardiendo cuando lo encontraron.

Aquello era un tipo diferente de horror. Osama se arrodilló al lado del cadáver con extremo cuidado de no tocarlo. La marea le llegaba a los pies, humedeciendo la parte baja de sus vaqueros, aún enredados entre sus tobillos. Habían colocado una barrera de arena para tratar de contener el agua mientras trabajaban, pero era una mera formalidad, ya que, por el

aspecto del cuerpo, se veía que había estado en el agua durante un buen tiempo.

Eva estaba tendida de lado, con un brazo expuesto y la mano abierta, como si fuese una de esas personas que suplican al rezar. Su rostro era un conglomerado de piel y tejidos mutilados, probablemente por los peces, aunque resultaba difícil saberlo con seguridad. La parte inferior de su túnica negra estaba enredada en su cintura. Una de las mangas estaba desgarrada, y el pañuelo que probablemente le servía para ocultarse el pelo lo tenía envuelto alrededor del cuello, como un garrote. ¿Había sido estrangulada?

El médico forense, Ibrahim, contemplaba el cuerpo con la mirada perdida.

—Debió de arrastrarla la corriente esta mañana —informó—. Esta playa está siempre muy concurrida, y si la hubiese arrastrado ayer noche, alguien la habría visto.

Aunque el forense se llamaba igual que su padre, Osama se percataba con frecuencia de que ambos tenían muy pocas cosas en común. Tenía un rostro blanduzco y pastoso, le faltaba una oreja, y había sido uno de los muyahidines de Osama bin Laden en Afganistán durante los años ochenta. Por esa razón, los agentes le guardaban cierto respeto, aunque su conducta pudiese ser brusca y grosera, en ocasiones incluso amenazante. Osama intentó no comportarse como un advenedizo, aunque tenía solamente treinta años y, como señalaba con frecuencia Ibrahim, era el inspector más joven del departamento.

—El agua está bastante tibia —dijo Osama—. Podría llevar muerta... ¿siete días?

Ibrahim frunció el ceño, lo que hizo que Osama le preguntase:

—¿Tiene alguna idea?

Ibrahim le miró.

—No hasta que la hayamos abierto.

—¿Cuál es la causa de la muerte? —preguntó Osama.

El forense levantó el mentón, gesto inequívoco de que se

sentía molesto y que venía a significar: «Te lo diré cuando lo sepa, y ahora déjame en paz».

Osama tuvo que admitir que había muchas opciones. Podría haberse ahogado, haber muerto por la pérdida de sangre causada por las muchas puñaladas que tenía en el cuerpo, o se podía haber asfixiado con el pañuelo que rodeaba el cuello. Las quemaduras probablemente no la habrían matado, pero puede que la hubiesen dejado inconsciente y que se hubiese ahogado después de ser arrojada al océano.

—Esas quemaduras parecen *pre-mortem* —continuó Osama.

—Sí —respondió Ibrahim. Luego, como si se acordase de algo, añadió—: Las he visto peores.

Osama empezaba a darse por vencido. Sabía que cualquier cosa que preguntase en ese momento podría ser refutada posteriormente. Ibrahim siempre estaba tenso en una escena criminal, especialmente si había mujeres involucradas.

—Parece que le metieron las manos en algo —dijo Osama—. ¿Aceite de cocina quizá?

Ibrahim se alejó sin darle una respuesta.

Osama se dirigió a Majdi, que estaba arrodillado en la arena a pocos metros de distancia.

—¿Qué ha encontrado el equipo forense?

Majdi peinaba un cuadrante de arena con una mano enguantada, con las gafas escurriéndose por la sudorosa nariz. Levantó la cabeza, pero como un niño que no puede dejar de jugar, volvió a mirar compulsivamente la arena y siguió peinandola.

—Un poco más arriba de la orilla, detrás de usted, hemos puesto los desechos de costumbre: cigarrillos, botellas, trozos de polietileno, pero para ser honestos, nada del otro mundo. Y tampoco veo nada por aquí. Parece como si la corriente no hubiese arrastrado nada con ella.

—¿Está seguro de que fue arrastrada?

—Sí.

Majdi miró el cuerpo de la chica, y Osama se dio cuenta de

lo que pensaba: «¿No le parece suficiente prueba un cuerpo abotargado por el mar?».

—Bueno, nunca se sabe —añadió Majdi—. Ya me he puesto en contacto con la guardia costera y nos enviarán por fax los informes de las corrientes marinas durante las dos últimas semanas. Podré tener una idea aproximada de dónde cayó al agua, pero no puedo prometer nada.

—¿Tenía alguna identificación?

—No. No hemos encontrado ningún teléfono móvil, ni carné de identidad, ni ninguna otra cosa. Y ya ha visto el estado en que se encuentran sus manos. Tengo pocas esperanzas de poder encontrar huellas dactilares.

Emitió un ruido áspero y negó con la cabeza.

Osama empezó a hacerse a la idea de que tendría que ponerse en contacto con el Departamento de Personas Desaparecidas. Los informes eran casi todos de mujeres —especialmente sirvientas— que habían dejado el empleo por los pésimos sueldos, las infames condiciones, los abusos sexuales o psicológicos y, en algunos casos, por todo ello junto. La esclavitud se había abolido en el reino en 1962, pero eso no significaba que hubiese dejado de existir en algunos barrios bajo el eufemismo de *ayuda doméstica*. Había unas quince mil sirvientas desaparecidas en el país, la mayoría en Yeda, y más de la mitad sin denunciar. Aunque solo hubiesen sido dos, eso ya habría supuesto demasiadas mujeres solteras deambulando sin dinero, comida, alojamiento y sin los adecuados visados domésticos. Si Eva fue asesinada por sus empleadores, había muy pocas probabilidades de que hubiesen denunciado su desaparición. «Por favor, que no sea otra sirvienta». Visto racionalmente, no era peor que cualquier otro asesinato, aunque con las sirvientas siempre había el horror añadido de que la víctima estaba lejos de su hogar y de su familia, y, como en la mayoría de los homicidios, de haber sufrido abusos físicos, sexuales o emocionales, o al menos de haber sido sometidas por personas extrañas que se consideraban superiores a ellas.

Osama escrutó el cuerpo. Los pantalones vaqueros de la víctima estaban cubiertos de arena y sal.

—El agua no puede haberle rasgado los pantalones de esa forma. Alguien trató de quitárselos.

Majdi asintió.

—¿Crees que encontrarás algún pelo o fibra en ellos?

—Es posible.

Majdi, con la cara enrojecida, se puso en pie y se limpió las manos.

—Es obvio que el agua del mar lo arrastra todo, pero haré una tercera comprobación cuando regresemos al laboratorio —esbozó una débil sonrisa y añadió—: También llevaba puesta una camiseta de Metallica.

Osama volvió a mirar el cadáver.

—Las sirvientas no suelen llevar una camiseta de Metallica —dijo con un ápice de esperanza.

5

Nayir sabía que no podría comer, pero se ofreció para preparar la cena de todas formas. Su tío estaba pálido, y se dio cuenta de que necesitaba compañía. Ese mismo día, Samir se había enterado de la repentina muerte de su amigo Qadhi.

—La policía no quiere decirme nada —dijo Samir tras pasar media hora hablando por teléfono con ellos.

Nayir estaba cerca de la encimera, machacando berenjenas con un tenedor para preparar uno de los dos platos fríos que sabía hacer. Cada semana parecía hacer más calor, lo cual resultaba difícil de imaginar teniendo en cuenta las ya escandalosas temperaturas. El apetito de Nayir, bastante considerable por lo general, había ido disminuyendo gradualmente hasta tal punto que ahora solo comía cuando se sentía débil, o cuando Samir hacía comentarios sobre su aspecto.

—Puede que por la mañana averigües algo más —dijo Nayir.

—Humm. ¿Vamos a cenar? —preguntó Samir.

—Todavía no. Primero tengo que rezar.

—Vaya —dijo su tío decepcionado—. ¿Por qué no rezas después? Será más gratificante.

—La hora de rezar es ahora —respondió Nayir, mirando el reloj.

Salió de la habitación antes de que su tío le soltase otro sermón sobre los peligros de tomarse la religión demasiado en serio.

—Cenar debería ser tan forzoso para ti como rezar —añadió Samir a sus espaldas—. Necesitas comer.

Cuando Nayir regresó, empezaron a cenar. Unos meses antes habría estado dispuesto a simular un apetito voraz con tal de contentar a su tío, pero estaba cansado de fingir. Además, con el sudor que le corría por la espalda, apenas podía sentarse cómodamente en la vieja silla de vinilo. Ya no sabía si su letargo se debía al calor o al descontento en general, el cual, como muy bien había observado Samir, parecía estar empeorando.

Samir cogió un trozo de pan de la pila que había encima de la mesa y se lo comió en el silencio abrumador de la habitación.

—A ti seguro que te dirían algo sobre la muerte de Qadhi. Podrías hablar con la oficina del forense.

Nayir pensó que podría disimular, pero la mera mención de la oficina del forense hizo que se acordase de Katya.

—Solo ha pasado un día —respondió—. Puede que la policía necesite más tiempo para poner en orden el papeleo.

Samir gruñó.

—Cuando tus padres murieron, tardaron seis meses en descubrir la causa del accidente.

Miró a Nayir con simpatía, pues sabía que era un tema bastante delicado. Él deseó responderle que no se preocupase, pero la conversación estaba derivando hacia un tema más espinoso.

No había hablado con Katya desde hacía ocho meses. Al principio ella le había llamado cada semana, pero cada vez que lo hacía le ponía en una situación que no podía justificar: una relación con una mujer que no era su esposa, ni un familiar suyo. La investigación por la muerte de Nouf Shrawi se había terminado y, como consecuencia, el compromiso de Katya se había roto. Además, sabía por experiencia que el placer de ver a Katya en persona se veía considerablemente mermado por la ansiedad que le invadía cada vez que se encontraba a solas con ella. Sin la aprobación de su padre, no debía continuar viéndola. Nayir era incapaz de admitir que la había visto a solas, pero el no hacerlo era la peor mentira de todas. En cualquier caso, a ojos de su padre quedaría como un canalla si la verdad salía a relucir, algo que probablemente ya había ocurrido, pues el escolta de Katya sabía que se habían estado viendo y posiblemente se lo habría dicho.

Teniendo en cuenta lo que había pasado entre Katya y él, cualquier padre decente y preocupado habría despedido a Nayir de inmediato. Él estaba convencido de que aquello era lo más correcto, pero también que no podría asimilar ese rechazo, pues habría convertido en permanente esa separación que él se había impuesto con la esperanza de que no durase para siempre.

Finalmente, Katya dejó de llamarle. Debió darse cuenta de su situación. Después de todo, le conocía, y lo que era más importante, conocía a su padre. O quizá había dejado de querer verle.

—¿Entonces, irás a comprobarlo?

Las palabras de Samir le trajeron al presente.

—¿Cómo dices? —preguntó en tono de alarma—. ¿Comprobar el qué?

Samir le miró exasperado.

—Esperaba que fueses a la oficina del forense e hicieses algunas preguntas. Tú conoces a mucha gente allí.

—No creo que deba.

—¿Me vas a decir que puedes resolver un asesinato tú solo pero no puedes ir a preguntar por un viejo amigo de la familia?

Nayir se quedó perplejo. Él no había resuelto solo el asesinato de Nouf, lo había hecho con ayuda de Katya. Y para empezar, jamás quiso involucrarse. Él era un guía del desierto, y había investigado por el mero hecho de hacerle un favor a su amigo Othman.

—Los Shrawis —intentó explicarle a su tío— fue algo completamente distinto.

—Sé que te gusta que se haga justicia. Has demostrado ser capaz de trabajar duro, incluso de pelear porque sea así. Eso es muy raro. Pero ahora actúas como si...

—No es raro —espetó, tratando de mantener el control—. Hay personas que lo hacen todos los días.

Samir tomó un bocado de pan. Masticó lentamente mientras observaba a Nayir. Luego dijo:

—Yo estoy muy orgulloso de lo que hiciste.

Nayir, que estaba a punto de explotar por una serie de intrincadas razones que no deseaba analizar, se quedó callado de repente. Su tío jamás le había dicho algo así, al menos directamente, y, aunque sus palabras habían caído en oídos sordos, no le restó importancia.

Nayir se levantó bruscamente para llenar la jarra de agua y se tomó su tiempo antes de regresar a la mesa. Apenas había tocado su plato, y la pasta que había preparado tenía un aspecto repugnante.

—Por supuesto que iré —dijo refunfuñando—. Veré lo que el forense tiene que decirme.

Samir asintió con satisfacción. Nayir empezó a quitar la mesa y se llevó los platos, incluso el de Samir. Se mantuvo ocupado envolviéndolo todo y metiéndolo en el frigorífico antes de que se estropease, lo que no tardaría mucho teniendo en cuenta los cuarenta y cinco grados que hacía.

—Estás adelgazando —observó Samir a sus espaldas, sin prestar atención a la rabia de su sobrino—. Ya no tienes el mismo aspecto de antes.

Nayir no respondió y Samir terminó por callarse. Poco después, sin embargo, esas palabras hicieron que se dirigiese a la puerta y luego al coche, donde retumbaron en el reducido espacio.

La Cornisa estaba inusualmente vacía. No se veía a las familias comiendo ni paseando por los largos embarcaderos. A pesar de haber oscurecido, seguía haciendo un calor asfixiante, y el aire estaba tan denso que a Nayir le pareció que reducía la velocidad del *jeep*. Por un momento miró a su alrededor y tuvo la sensación de que el océano estaba a punto de hervir.

En una de las últimas conversaciones que mantuvo con Katya, ella le comentó que la habían ascendido a otra sección del departamento forense del Ministerio, donde tendría más responsabilidad. En lugar de verse confinada en el sótano de la oficina forense, trabajaría en un nuevo edificio de la policía, situado en el centro de la ciudad. Todo era nuevo: el instrumental, las oficinas, la tecnología... Nayir quiso preguntarle si las actitudes eran nuevas, pero fue directo al grano.

—¿Trabajarás directamente con hombres?

Hubo un silencio.

—Sí —dijo ella finalmente—. Supongo que sí.

Después de eso, ella se había mostrado muy fría. El resto de la conversación fue muy incómoda. Él se sentía culpable, pero la verdad es que le molestaba que trabajase con hombres extraños. Luego, una vez más, se preguntó quién era él para quejarse, pues no era su marido.

Desde entonces no le había llamado, y él podía comprender el porqué. Ella se había percatado de lo retrógrado que era, y de lo mucho que sus convicciones religiosas le impedían tratarla como ella deseaba. Finalmente le había dado por perdido. Al principio él lo había aceptado. Fue entonces cuando soltó los amarres de su barco, salió al mar y se quedó en cubierta mirando las gloriosas estrellas. Podría haberse quedado así durante días, invadido por una impenitente pereza, lejos de

las personas y sus problemas. No había llamadas a la oración que interrumpiesen sus pensamientos y, por una vez en la vida, se alegró de ello. Luego comprendió que lo que más amaba en la vida era la soledad, y pensó que quizá no era el hombre adecuado para casarse. Sin embargo, cuando regresaba al puerto deportivo, se percató de que la soledad nunca le dejaría satisfecho, y las palabras del profeta resonaron en su cabeza: «Casaos con aquellos de entre vosotros que estén solteros».

Alguien le adelantó con el coche de forma agresiva y él le respondió con un bocinazo, al mismo tiempo que aceleraba para ponerse al lado del peligroso conductor. Después se dio cuenta de lo que estaba haciendo y redujo la velocidad. «Alá», rezó, «libérame de esta rabia. No sé de dónde viene. No sé cómo vencerla».

Sin embargo, otra voz resonó en su cabeza, diciéndole: «Sabes exactamente cómo vencerla. Esa rabia es un castigo por tu frialdad hacia Katya. ¡Le hiciste lo mismo que Fátima te hizo a ti!».

No era cierto. La situación no era tan simple. Fátima y él se habían conocido a través de un amigo mutuo, con el propósito expreso de cortejarse, pero luego supo que ella estaba a su vez siendo cortejada por otros hombres y escogió su futuro marido sin comunicarle siquiera su decisión. Lo de Katya fue diferente. Ellos no se habían cortejado, sino que habían colaborado para resolver un crimen. Habían trabajado juntos, y cualquier intimidad que experimentaron se basó en la inconsciencia y el pecado.

¿Por qué entonces le dolía tanto esa separación?

«Porque quiero una esposa», se dijo a sí mismo.

No importaba cómo enfocase el asunto, nada podía cambiar el hecho de que estar con Katya fuese un delito *zina*. El profeta Mahoma había dicho: «Nadie debe verse con una mujer a solas a menos que esté acompañada de un familiar». ¿Había algún mandamiento más claro que ese? En caso de que hubiera alguna duda, el profeta había añadido: «Cuando un hombre se ve a solas con una mujer, Satán está con ellos».

Cuando regresó al barco, puso una olla de agua en el hornillo antes de darse cuenta de que lo que menos le apetecía era un té caliente. Entró en el dormitorio para cambiarse, y se vio a sí mismo mirándose enmudecido en el ojo de buey. Lamentaba haberle dicho a Samir que iría a ver al forense, ya que podía llamar y hablar sencillamente con alguno de los peritos, pues no había necesidad de presentarse en persona.

Durante las últimas semanas, las noches habían sido húmedas, inquietas, repletas de deseos. Su peor agonía la padecía cuando ella se adentraba en sus sueños. Los días no es que fuesen mejores, pues el tiempo se hacía tan largo y vacío como el mismo desierto. Y nadie quería ir al desierto. Los saudís se habían acomodado para pasar el verano refugiándose en sus salones con aire acondicionado, en sus piscinas privadas y en los grandes almacenes.

Antes de irse a la cama, realizó un *istiqara*, es decir, recitó unas oraciones especiales antes de dormir con el fin de obtener una respuesta en sus sueños. Jamás antes lo había intentado, pero el imán Hadi se lo había recomendado diciéndole:

—A veces tienes que buscar muy seriamente para encontrar las respuestas que necesitas. Alá no te lo pondrá fácil.

La *istiqara* no era un rezo angustioso, sino un método purificador de alterar la conciencia antes de entrar en ese sueño del cual uno esperaba obtener una respuesta muy precisa. Según el imán Hadi, fue el proceso que ayudó a Niels Bohr a descubrir la estructura atómica, y a René Descartes a formular su método científico. Nayir pensó que esa herramienta tan útil le ayudaría a decidir si debía ir a la oficina del forense por la mañana.

Justo antes del amanecer, soñó que estaba en una habitación gigantesca repleta de dulces. Había platos de baklava^[1], almendras de Jordania, delicias turcas. Cuanto más miraba, más había para comer: dátiles, nueces cubiertas de azúcar y bañadas en miel, pasteles glaseados, sorbetes que nunca se

¹ Baklava.- Pastel turco elaborado con nueces trituradas y bañado en almíbar (N. del T.)

derretían. Con un hambre voraz, Nayir se sentaba en el suelo de piedra y comía los pasteles de ambos lados mientras una lluvia de azúcar en polvo caía sobre él como la nieve. Comió y comió hasta ponerse enfermo, y luego se fue a una esquina para vomitar.

No era necesaria la inteligencia de Niels Bohr para interpretar el significado de aquel sueño: estaba en peligro de satisfacerse a sí mismo. La respuesta fue no.

6

Miriam estaba sentada en un banco contra la pared, con los pies levantados y los brazos cruzados. El aire del aeropuerto era bastante frío, y estaba temblando y asustada, lo que la hacía odiarse a sí misma. No tenía la menor idea del tiempo que había transcurrido. ¿Una hora, dos? No podía recordar cuándo la habían llevado a esa sala, y calcularlo resultaba demasiado complicado. Había intentado llamar a Eric una docena de veces, pero no respondía. Por eso esperó. No podía llamar a sus vecinos, ni tampoco a sus amigos, pues Eric era el único que podía concederle permiso para entrar en el país.

La única persona que entró en la habitación fue un trabajador del aeropuerto. Le trajo una botella de agua y le preguntó si necesitaba algo. «Tampones», tuvo ganas de responderle. «Una chuleta de cerdo y una botella de vino». Pero le respondió que no y volvió a quedarse mirando las paredes, aunque luego reparó en que el trabajador no había ofrecido nada a las otras mujeres que había en la habitación.

Pasado un rato vinieron a recogerlas y Miriam se quedó sola. Se preguntó qué era peor, si preocuparse por Eric o por ella. Una vez más se sintió como una niña, un sentimiento que odiaba más que ninguna otra cosa. Todo lo que había en ese país estaba diseñado para infantilizar a las mujeres. Se lo había dicho cientos de veces, pero no sirvió para cambiar nada.

Permaneció sentada en el banco durante lo que creyó que sería una hora más. «Bajo ningún pretexto pienso mirar la hora», se dijo. No pensaba mostrar abiertamente que estaba esperando. Para el resto del mundo, incluso para aquel recinto de cuatro paredes blancas, estaba allí por pura elección y no esperaba a nadie, sino que alguien la esperaba a ella.

Finalmente la puerta se abrió, el guardia asomó la cabeza y, con un gesto de la mano, le indicó que la siguiera. Ella se tomó su tiempo para levantarse, coger la maleta, ajustarse la túnica y asegurarse de que el burka no se le escurriría hasta la nariz. Miró hacia la puerta y vio un letrero que no había visto anteriormente. Estaba escrito en inglés, y decía: *Mujeres sin reclamar*.

Cuando entró en la sala, Eric estaba al lado del guardia. Era mucho más alto que él, y se comportaba como solía hacerlo cuando trataba con personas de estatura más baja: tenía los hombros encorvados, la cabeza inclinada, y se pasaba de forma compulsiva una mano por su espesa mata de pelo rubio, lo que le daba un aspecto confuso y ligeramente perdido, algo que no sucedía a menudo. En ese momento parecía molesto por algo. Ella quiso preguntarle qué sucedía, pero no quería avergonzarle delante del agente. También llevaba una camisa nueva, de color azul añil, no del color que solía llevar. La tela de seda le hizo pensar en los hombres saudís.

El guardia se colocó la ametralladora en el otro hombro y firmó en una hoja de papel que luego le dio a Eric, junto con el pasaporte y el permiso de trabajo. Trataron a Miriam como corredores que se pasan el testigo: «Ahora es tuya. ¡Corre!». Eric aferró la maleta de Miriam y luego la cogió de la mano. Se marcharon a toda prisa del edificio, cruzaron las puertas de cristal y salieron a la calle, donde la camioneta Ford les esperaba aparcada en el bordillo. El aire fue como un bofetón. Era como abrir el horno para sacar una empanada, con la diferencia de que ese horno estaba lleno de vapores de gasolina y polvo. Ella se ajustó el burka y lo presionó contra su nariz.

Eric puso la maleta en el maletero y Miriam subió al asiento del pasajero, con cuidado de no golpearse la cabeza

en el marco. Cuando cerró la puerta, la temperatura descendió como si alguien hubiese corrido una cortina al mundo exterior. Eric arrancó el coche. El aire del interior aún estaba ligeramente frío por haber conducido hasta el aeropuerto, y cuando él encendió el aire acondicionado ella enfocó las rejillas directamente contra su cara, emitiendo un suspiro de alivio. Eric dibujó un arco amplio para pasarse de carril y coger de nuevo la autopista.

—Bueno... otro control —dijo, mirando en su dirección—. ¿Usted es mi esposa?

Ella se quitó el burka.

—Su servicial esposa. La misma que dejaste en manos de la seguridad del aeropuerto.

—Dios santo, Miriam —susurró, pasándose una mano por el pelo. Respiró profundamente—. Lo lamento mucho.

—¿Qué ha pasado? —preguntó ella.

—Me alegro que estés de vuelta.

—¿Qué ha pasado? —sabía que estaba a punto de perder los estribos, pero estaba dispuesta a mantener el control mientras pudiese.

Eric parecía avergonzado, y tardó unos instantes en responder.

—Me confundí de hora. Miriam, lo...

—¿Te olvidaste de la hora?

—Estaba muy ocupado en el trabajo... —dijo de forma poco convincente—. Por favor, discúlpame. Lo siento mucho. No volverá a suceder.

«De eso puedes estar seguro», pensó ella. Sin embargo, no podía continuar enfadada, pues se sentía muy aliviada de verle de nuevo. Miró hacia la ventana y trató de sosegarla. El tráfico fluía con soltura, y las calles desaparecían a una velocidad vertiginosa.

Respirando profundamente, dijo:

—¿Cómo va todo?

—Como de costumbre. ¿Y el viaje? —preguntó él tratando de suavizarla.

—Bien —respondió. Incapaz de refrenarse, añadió—: Demasiado corto.

Eric no estaba dispuesto a morder el anzuelo.

—Te he echado de menos. Un mes es mucho tiempo —la cogió de la mano, sorprendiéndola—. Pero he encontrado una segunda esposa, así que no ha sido tan malo.

—¿De veras? —respondió ella esbozando una débil sonrisa y siguiéndole el juego—. Por eso llevas una camisa nueva.

—Bueno, esta me la dio uno de mis clientes. La familia de su esposa tiene un bazar de ropa en Riad. Es uno de esos príncipes fanfarrones que quieren un guardaespaldas para sentirse más importantes.

Le irritaba que el trabajo de Eric no fuese nada trascendente, y que ella tuviese que soportar todo aquello solo para que él pudiese proteger a uno de los quinientos príncipes que había en Arabia Saudí; especialmente a uno que no necesitase protección.

—Bueno, hablando de mi nueva esposa —continuó él en tono jocoso—, lo bueno es que es saudí, por lo que se encarga de la comida y de la limpieza, así que ahora no tendrás que hacer nada —le lanzó una mirada pícaro—. A ti te reservo para otras cosas.

—Bueno, ya sabes que soy tu querida.

Eric pisó el freno, cambió de dirección y se introdujo por un camino rocoso de arena, parándose en una hilera de matorrales. Aferraba el volante con ambas manos, y Miriam pensó por un instante que quizá se había extralimitado.

Eric se inclinó, le cogió la cara entre las manos y la besó.

—No te enfades conmigo —susurró—. Solo quedan cinco meses y luego regresaremos. Te lo prometo.

Ella cerró los ojos. Tuvo deseos de decirle que no temía a esos cinco meses, sino a lo que ya había sucedido en los seis anteriores: el miedo, la frustración, el constante desasosiego. Ese país estaba echando a perder su matrimonio, y temía que cuando regresaran ya fuese demasiado tarde.

Sin embargo, eso ya se lo había dicho varias veces, y él pare-

cía no entenderlo. Se echó sobre el asiento y pronunció las palabras que le habían rondado por la cabeza durante meses:

—Estoy deseando que volvamos a casa.

Condujeron el resto del camino en completa oscuridad, iluminados ocasionalmente por los letreros rosados de neón que anunciaban bocadillos de kebab al lado de la carretera. El estómago de Miriam rugió de hambre, pero no quería detenerse.

Se desorientó cuando la camioneta tomó la carretera que conducía a su vecindario. Visto desde fuera, era una tierra extraña, una tierra de hombres. Su conocimiento del mismo se limitaba a las paredes del edificio y a su rápido paseo hasta la tienda.

Ahora, sin embargo, vio lo que nunca había visto antes: una barriada extensa y repleta de inmigrantes de Sudán, Somalia y otros países musulmanes, hombres que pasaban el día rebuscando entre la basura, aunque no en su parte de la ciudad. Había también saudís, vestidos con sus túnicas blancas y el pañuelo en la cabeza. Un joven con una gorra de béisbol sobre su pañuelo pasó andando al lado del coche y escupió cerca del parachoques. Miriam puso cara de disgusto, y pensó que aquella gente escupía con demasiada frecuencia para descender de personas que creían que debían conservarse los fluidos corporales. Pero no eran beduinos, ni aquello era el desierto, sino Yeda, un puerto húmedo que hervía en el infinito vaho del mar.

Cuando se trasladaron al piso por primera vez, Eric la convenció de que era más seguro vivir allí que en un complejo occidental. Sin embargo, la razón oculta por la que se habían alojado en aquel lugar era que odiaba la segregación de los estadounidenses. Él respetaba la cultura musulmana y quería formar parte de ella, al menos mientras estuvieran allí. Había aprendido el árabe durante su época militar, y los dos viajes que realizó a Irak le sirvieron para descubrir que entre los

musulmanes había algo más que un puñado de extremistas y fumadores de narguiles. Iba en contra de sus principios encerrarse en un complejo de personas de habla inglesa, aunque fuera el único sitio donde las mujeres pudiesen caminar libremente, pasear a sus caniches y retozar en las piscinas.

Al principio, ella insistió para que vivieran en ese complejo, alegando que desde allí él podría contemplar la ciudad que tanto le gustaba mientras ella pasaba el rato en un territorio más familiar. Pero él no estaba dispuesto a ceder. En su opinión, había dos tipos de complejos. Los mayores eran enormes, con hasta quinientas casas y todos los entretenimientos que un estadounidense puede desear, incluyendo centros comerciales para el personal militar. Pero entonces, ¿qué sentido tenía irse a Arabia Saudí, si ibas a vivir en un trozo de Estados Unidos? Los complejos más pequeños, por el contrario, tenían una variedad más amplia de personas, incluso musulmanes, aunque no eran del todo seguros. Desde los atentados en Riad en 2003, todos los complejos debían incrementar la seguridad, pero los más pequeños optaron por desalojar a los inquilinos occidentales ya que, si se libraban de los residentes estadounidenses y europeos, no tendrían que pagar por esa seguridad. Dos amigos de Eric habían sido desalojados en los últimos seis meses y se habían visto obligados a trasladarse a casas más caras en otros lugares de la ciudad. Por tanto, esas eran las únicas opciones que les quedaban: vivir en una especie de réplica de Estados Unidos, o vivir en una zona más integrada, donde podías ser expulsado por ser estadounidense. A Miriam le habría gustado vivir en el complejo periférico de Arabian Gates, ya que, aunque no fuese real del todo, quería disfrutar de un poco más de libertad.

—Es uno de los principales objetivos de al-Qaeda —señaló él—. No podemos vivir allí.

La camioneta giró en una calle estrecha y polvorienta, y redujo la velocidad al acercarse a su edificio. Se parecía mucho a todos los demás del vecindario; un bloque encajonado, de estuco color blanco, con la salvedad de que el suyo era el más

alto de la manzana; una pared de escayola cercaba el tejado, añadiendo otros tres metros de altura al edificio. Los postigos de madera oscura cubrían todas las ventanas, y la puerta principal, reforzada con tachuelas de hierro, parecía capaz de resistir el ataque de un tanque.

Continuaron conduciendo. Siempre resultaba difícil encontrar aparcamiento en aquella calle tan pequeña, especialmente por la noche. Miriam tuvo que hacer un esfuerzo por no quejarse, pero optó por guardar silencio y mirar por la ventana mientras recorrían las calles, primero alrededor del bloque, luego pasando uno tras otro. Eric resolvió el problema de forma metódica, eliminando bloque tras bloque. Después de unos minutos, Miriam estaba completamente perdida y no sabía en qué dirección se encontraba el edificio. Todas las calles eran iguales. Unas estaban llenas de tiendas, otras de casas, pero todas le resultaban completamente desconocidas en la noche.

Finalmente aparcaron en medio de un bloque. Miriam salió del vehículo y sintió un dolor sordo que se extendió por detrás de los ojos. Estaba exhausta.

Mientras caminaban en dirección al piso, se preparó para su confinamiento. Cuando Eric se marchaba al trabajo, ella apenas salía de casa. Hubo un tiempo en que él la animó a que saliese con más frecuencia —«por tu propio bien», le había dicho—, pero por experiencia sabía que no era una idea muy acertada.

—Tú eres estadounidense. No te molestarán.

—Soy una mujer. Eso es lo único que les importa.

Al principio, cada vez que salía de casa, atraía la atención de todo el vecindario. Al oír pasos en el vestíbulo, las vecinas asomaban sus rostros tapados y le advertían que las mujeres que no iban escoltadas podían ser arrestadas por la policía religiosa y ser enviadas a prisión. Ellas tenían problemas con la policía religiosa, decían, pero para una mujer occidental podía ser incluso peor.

Al menos eso pensaba que le decían, ya que hablar con

la mayoría de sus vecinas suponía un juego de pantomima y deducciones. Miriam les daba las gracias, pero salía de todas formas. Cuando se encontraba en la calle, a veces se sentía a salvo, pero otras aterrorizada. Había días en que podía caminar libremente e iba donde se le antojaba siempre que llevase la túnica, el pañuelo y el burka preparado en caso de sentirse demasiado observada. En otras ocasiones, las personas la observaban descaradamente, llegando incluso a detenerse para mirarla. A veces las mujeres la saludaban educadamente, pero otras mostraban cierta reticencia. Los hombres, al verla sola, le silbaban o se interponían en su camino. Le decían que regresase a casa, y le advertían que no era muy seguro salir. Ella les creía. Aunque nunca la arrestaron como le aseguraban sus vecinas, a medida que transcurrían las semanas se sintió más insegura, y empezó a creer que era cuestión de tiempo que algo horrible le sucediera.

Finalmente llegaron al edificio y subieron por la amplia escalera de mármol. Ella se detuvo en el rellano de la segunda planta para escuchar los ruidos que procedían de la casa de Assad, pero parecía que habían salido, probablemente a una boda o el funeral de un pariente, ya que las mujeres raras veces salían de la casa por la noche por ninguna otra razón.

Miriam siguió a Eric mientras subía por las escaleras. Antes de girar la llave, admitió que no había tenido tiempo de limpiar.

—¿No has limpiado durante un mes?

—Bueno, algo he hecho.

Ella cruzó la puerta y miró a su alrededor, a las paredes desnudas y los suelos de piedra. La verdad es que no había mucho que limpiar. Mientras Eric llevaba su maleta al dormitorio, entró en la cocina. Salvo por una lata de judías y un trozo de pan de pita rancio, el armario estaba tan vacío como lo había dejado. Por un momento la estancia le resultó desconocida. Era como si fuese la cocina de otra persona. La pintura de los armarios estaba desconchada; la hornilla, cubierta de grasa, estaba revestida de una capa de carcinógenos y carbonilla. Eric había escrito en la sucia ventana del horno: «Riesgo biológico».

«Gilipollas», pensó ella forzando una sonrisa. El linóleo, que en su día fuera de color blanco, tenía ahora el mismo color de ese moho que le sale a la coliflor, y los azulejos estaban embaldurnados de grasa y mugre.

Eric apareció en la puerta.

—Voy a buscar algo de comer.

—Déjalo. No tengo hambre.

—Sí la tienes —dijo metiéndose las manos en el bolsillo para sacar las llaves y señalándola con ellas—, porque te conozco y ya te he visto morderte el labio. Cierra la puerta. Regreso en un momento.

Ella le observó mientras se marchaba.

—Date prisa —le instó. Pero él ya había salido.

Miriam vació el bolso encima de la mesa y revisó el contenido. Recibos y billetes de autobús. Tiró los envoltorios de caramelos y los centavos estadounidenses, y extrajo una hoja de papel plegada que había recibido del consulado cuando renovó el visado. Era una advertencia del Departamento de Estado. La había leído con anterioridad, pero volvió a hacerlo para refrescar la memoria. Decía:

Las mujeres estadounidenses deben extremar sus precauciones en lo referente a la seguridad personal. Mantener un perfil bajo, reducir los viajes por el reino e informar de inmediato de cualquier actividad sospechosa a la embajada estadounidense.

La policía religiosa, conocida por el nombre de Mutawaiin, tiene la misma autoridad que la normal. Para garantizar que se observan las normas conservadoras de conducta, la Mutawaiin hostiga y arresta a las mujeres por las siguientes infracciones:

Beber alcohol

Llevar pantalones u otras ropas occidentales

Comer en restaurantes públicos

Conducir un coche o montar en bicicleta

Bailar, escuchar música o ver películas en público

Relacionarse con un hombre que no sea su esposo o un pariente

Las mujeres que se relacionen en público con hombres desconocidos pueden ser acusadas de prostitución, lo que puede castigarse con la cárcel o la muerte.

La condena por tráfico de drogas es la pena de muerte. Los saudís no hacen excepciones. Los funcionarios estadounidenses NO TIENEN AUTORIDAD en los tribunales saudís para obtener indulgencia por los ciudadanos estadounidenses bajo ninguna circunstancia.

Cuando leyó por primera vez esa nota, sintió un escalofrío por su severidad. Con cierta pena recordó que, cuando decidieron venir a Yeda, había soñado con nómadas y hombres de piel oscura galopando a caballo, espadas envainadas en cuero y halcones revoloteando por encima de sus cabezas, envueltas en turbantes de color blanco. Arabia Saudí era un país romántico, si eras un hombre.

Arrugó el papel y lo tiró a la papelera. Ahora estaba de vuelta —oficialmente hablando—, y aunque solo llevaba en casa veinte minutos, ya estaba esperando que regresase Eric; que regresase de la tienda, del trabajo, de ese mundo donde ella temía entrar sin él. Esperar y esperar. Su maleta estaba atestada de distracciones que jamás había tenido en Estados Unidos: punto de cruz, calceta y tejer. Pensaba hacer punto en el desierto. Algún día se reiría de todo eso, pero en ese momento no le hacía la más mínima gracia. «Vaya», pensó, «hasta para reír tengo que esperar».

Sacó un puñado de basura del fondo de su bolso y encontró una pequeña pieza de plástico. Apartó la basura e inspeccionó el objeto. Parecía la tarjeta de memoria de una cámara digital, pero no le pertenecía. Distraídamente, la metió en su bolsillo y decidió preguntarle a Eric cuando regresase.

Aterrada, Miriam abrió la puerta trasera y subió las escaleras

que conducían al tejado. Allí al menos podía simular que aún estaba en Estados Unidos, en un mundo donde podía tomar el aire fresco, el sol y tener su propio juego de llaves. Al este, un par de estrellas emitían un color azulado en el horizonte. Se apoyó en la pared y respiró una bocanada de aire impregnado de jazmín y de humo de incienso procedente de la ventana del vecino. Era un olor reconfortante. Al instante pensó en Sabria, la vecina de la planta de abajo, y en lo mucho que disfrutaba con ella sentada en la habitación llena de humo, bebiendo café y charlando.

Sin embargo, a medida que pasaban los minutos, el sofocante calor hizo que se sintiera más apesada. Pensó una vez más en el complejo estadounidense: las piscinas le parecían un paraíso en ese instante.

«Cinco meses más».

Observó que Eric había colgado la colada, pero por lo tiesa que estaba la tela y lo descolorida que estaba la parte superior de sus camisas, no había duda de que lo había hecho hacía días. Un golpe en el otro lado del tejado la hizo girarse. Vio cómo se abría la puerta de acceso al tejado del vecino y asomarse el rostro de una chica.

—¡Sabria!

La chica sonrió y corrió hacia ella para abrazarla. Miriam fue en su dirección, tropezando con un hilo de tender la ropa y maldiciendo mientras reía.

—¡Me alegro de verte!

Sabria la besó en las mejillas, le apretó los hombros y frunció el ceño.

—¡Cuánto tiempo sin verte! ¿Qué voy a hacer cuando te vayas para siempre?

—Te vendrás conmigo.

—¿Y dejar a mi familia? ¿Estás de broma?

Sabria sonrió. Precisamente lo loca que la volvía su familia era uno de sus temas favoritos de conversación. Sabria vivía en la planta de abajo con sus padres, seis hermanas y un hermano mayor profundamente devoto. Era la mayor de las chicas, y

las tareas domésticas y el cuidado de las niñas habían recaído sobre sus hombros hasta pocos meses antes, en que lo dejó porque empezó a trabajar en la boutique de su tía. Sus padres no lo aprobaban.

—Nos vamos dentro de un momento a la boda de mi prima —dijo Sabria—. Todo el mundo va. Mis padres ya se han marchado, pero yo le dije a mi primo Abdullah que se quedase un rato porque quería verte. Pensaba que llegarías antes.

—Es muy amable de tu parte —respondió Miriam, notando que le brotaban las lágrimas—. Nos retuvieron en el aeropuerto. Pero no te retrases por mí. Mañana nos vemos.

—Sí, pero quería decirte algo: me caso el mes que viene.

—Dios santo. ¿Con quién?

—Con mi primo Omar.

—Enhorabuena.

Miriam notó que se le hacía un nudo en la garganta.

—¿Es el que vive en Riad?

—Sí, ya te hablé de él.

Sabria miraba nerviosamente el tendedero.

—¿Estás contenta por la boda?

—Sí, lo estoy, aunque.... —se encogió de hombros— ha sido todo tan rápido.

Miriam asintió. Imaginó la angustia que debían sentir los padres de Sabria al ver que una de sus hijas se casaba.

Oyó un ruido de platos en la cocina.

—Eric ha llegado —dijo—. ¿Puedes bajar unos minutos? Ha traído la cena y estoy que me muero de hambre.

—No, Abdullah se marchará sin mí si no bajo enseguida.

—De acuerdo —respondió Miriam abrazándola de nuevo—. Sube cuando regreses.

—Lo haré.

Mientras Sabria se dirigía trotando hacia la puerta, Miriam tuvo conciencia de lo joven que era. Diecisiete años por fuera y, al menos la mayor parte del tiempo, doce por dentro, con algunos extraños retazos maravillosos de madurez.

—¡Que lo pases bien! —gritó Miriam, que recibió una respuesta amortiguada desde las escaleras.

Sonrió y cogió la palangana de la colada. No tenían lavadora. Tenía que lavar la ropa a mano y, aunque se quejaba de las constantes tareas domésticas, en el fondo se sentía agradecida porque al menos así tenía algo que hacer.

Recogió a toda prisa la ropa de Eric. Maldijo las pinzas, pues habían echado a perder sus camisas blancas. Luego bajó las escaleras.

El olor del hummus y del kebab salía por la puerta de la cocina. Soltó la palangana en el mostrador, se fue directamente a la mesa y quitó el envoltorio de aluminio de la bandeja para meter el dedo en la comida. Cogió un trozo de pan de pita de una rosca gigante y se lo metió en la boca.

—¿Eric? —dijo con la boca medio llena—. ¡Cariño, vamos a comer!

No oyó respuesta alguna.

—¿Eric?

Tragó con esfuerzo. El matamoscas chisporroteó como las balas de una ametralladora, provocando que diera un respingo y tirase el pan al suelo. Se agachó para cogerlo y respiró profundamente. Probablemente era una lagartija; tardaban más en morir que los mosquitos.

Le quitó el envoltorio al bocadillo de kebab y se sentó para comer, contenta de que la carne aún estuviera caliente.

—¡Voy a empezar a comer sin ti!

Abrió una botella de agua y dio un largo trago.

Oyó un ruido en el vestíbulo, y luego las típicas vibraciones de las ventanas de la cocina cuando la puerta principal del edificio se cerraba de golpe. Dejó el bocadillo en la mesa y fue al salón.

La puerta principal estaba abierta.

Cruzó la habitación y miró al exterior, pero el pasillo estaba a oscuras.

—¡Te has dejado la puerta abierta!

La cerró y regresó a la cocina, pero se detuvo para escuchar.

No oyó ningún ruido procedente del baño. Fue a investigar y vio que la puerta del baño estaba abierta y la luz apagada. La encendió y retiró la cortina de la ducha, dejando al descubierto una capa de moho.

—¿Eric?

El estrecho pasillo amortiguó su voz. Al pasar por el dormitorio vio su maleta sobre la cama, tal como la había dejado. La lámpara de la mesa estaba encendida, pero una repentina confusión la hizo estremecerse. Encendió la luz del techo. Miró detrás de la puerta, riéndose casi de sí misma: ¿cuándo fue la última vez que Eric se había escondido detrás de la puerta? ¿En su luna de miel?

—Eric, ¿dónde estás?

No hubo respuesta. Regresó a la entrada principal y oyó que un coche encendía el motor, pero pensó que el ruido era demasiado alto para ser el suyo. Probablemente serían Abdullah y Sabria, que se marchaban para la boda. Entró en el salón de los hombres, que daba a la calle. Salvo por la luz que se filtraba por las persianas, todo estaba a oscuras. Buscó a tientas el interruptor, encontró una lámpara de mesa y la encendió. La bombilla era bastante antigua y estaba cubierta de polvo, pero alumbraba lo bastante como para poder darle la vuelta a la mesilla de café y pasar sobre los cojines bordados y las tazas de té mohosas. Miró por la ventana, pero no vio a nadie en la calle.

«No te asustes», se dijo a sí misma, intentando convencerse de que la ansiedad era una característica suya, al igual que el miedo y la claustrofobia. Ya se había sentido así con anterioridad: con los nervios a flor de piel, incluso paranoica, como aquella vez que el coche de Eric se rompió en la autopista y pensó que había huido con otra mujer. Él regresó a casa en taxi y la encontró tirada en el sofá, lloriqueando. Miriam Walker, doctora; qué valiente es.

Volvió a la cocina y se puso a doblar la ropa. El kebab le produjo un estado de pereza que mitigó su pánico. Eric probablemente habría regresado al restaurante por alguna razón.